

plir en la política española. ¿Qué había de suceder? Que como la naturaleza y la sociedad cuando no tienen el ser que necesitan buscan otro, la sociedad buscó al partido democrático, y ahí está, no por él, sino por vosotros.

Por consiguiente, ¿qué había de suceder? Que tenía que venir la izquierda; que así se cumplen las leyes de la lógica, y así castiga la naturaleza á todos aquellos que faltan á su fin y que no cumplen su ministerio. Hubiera sido el partido constitucional el más avanzado dentro de la monarquía, y no hubiera recibido esas reconvenciones del partido conservador. Sobre todo en este verano disteis tales muestras de vuestras ideas, que necesitan capítulo aparte; y como es largo el viaje á Alemania, pido al señor presidente que en consideración al estado de la Cámara y á mi situación especial, me reserve para mañana el uso de la palabra.

## DISCURSO

pronunciado en la sesión del 15 de Enero de 1884  
sobre el viaje de D. Alfonso XII  
á las maniobras militares de Alemania

Señores diputados, comencé ayer mi discurso explicando las causas y móviles que determinan nuestra actitud y la posición que tendremos en este debate y en estas votaciones, si es que hay más de una votación. Dije, señores, que representando ese Gobierno un progreso evidéntísimo en ideas y compromisos respecto al Gobierno anterior, yo debía estar á su lado, sobre todo en esta votación. Dije más: que siendo nosotros optimistas y benévulos con el Gobierno anterior, no podíamos menos de ser optimistas y benévulos con este Gobierno; y explicando tal situación, apunté también la causa que determinaban ciertas separaciones entre nosotros; separaciones inevitables, pero nacidas y originadas todas ellas, no en nuestra conducta, pues nos quedábamos en nuestro sitio y con nuestras ideas, sino en la conducta del Gobierno anterior. Por consecuencia, dicho esto, creo ya justificado todo cuanto hemos hecho, y creo ya justificado todo cuanto en lo sucesivo haremos. Ahora, si me prestais vuestra benévola atención, yo os prometo tratar lo más brevemente posible el tema que

me he propuesto dilucidar, es decir, el viaje de nuestro rey D. Alfonso XII á las maniobras militares de Alemania.

Señores, hay principios internacionales de progreso, como hay principios internacionales de retrogradación. Y así como en el año 15, año funesto para las libertades europeas, se fundó la Santa Alianza de los déspotas, que puso los cetros y las espadas á servicio de la reacción universal, existe hoy una tácita alianza entre los pueblos, que ha puesto algo superior á los cetros y á las espadas, las ideas, á servicio de la democracia universal. Y así como entre los principios de la Santa Alianza, entre sus primeros principios, se hallaba la existencia de una monarquía legítima y tradicional en Francia, entre los principios de la Santa Alianza de los pueblos se encuentra otro capital, cual es la existencia de una democracia parlamentaria y progresiva en Francia. Y este principio no le sostienen los espíritus eminentes y los hombres, que miran á lo porvenir, por egoísmo, no; toda monarquía en Francia, desengañense los parlamentarios y constitucionales, toda monarquía en Francia estará representada en un César y será necesariamente cesarista; y todo cesarismo en Francia será un gran peligro y tendrá por necesidad que traer grandes cataclismos en Europa; y toda República en Francia, toda democracia verdadera en Francia, será liberal representativa, parlamentaria, y todo Parlamento en Francia será un áncora de estabilidad y seguridad para todo el mundo europeo.

Señores, la influencia del Estado francés en el viejo continente solo puede compararse á la influencia del Estado sajón en el continente americano. Quitad la república de Washington, poned en Washington el Brasil, conservando la misma influencia que tienen aquellos primeros demócratas del globo, y vereis cómo lejos de ser la América un continente republicano y democrático, es la América un continente monárquico, imperial y esclavista.

Pues bien; poned la libertad en Francia, y todo el con-

tinente europeo será liberal; poned en Francia la reacción, y todo el continente europeo será reaccionario. Y así ha sucedido siempre, desde la caída del imperio romano, desde la fundación de los grandes estados europeos y cristianos; porque podrán la conquista y la fuerza quitar á Francia sus provincias más sólidas y más amadas, pero no podrán quitarle su posición geográfica en el centro de Europa, su lengua universal, comunicativa entre los pueblos del Norte y los pueblos del Mediodía; su ingenio ateniense, que arranca las ideas á las teocracias y á las aristocracias científicas para ponerlas al nivel del sentido común y mezclarlas con la levadura de la vida popular; su genio humanitario, por cuya virtud la revolución de Inglaterra queda una revolución inglesa, á pesar de haber fundado el primero de los Parlamentos; la revolución de América una revolución americana, á pesar de haber fundado la primera de las democracias; mientras la revolución francesa es, ha sido y será siempre una revolución universal.

Y esto ha sucedido en toda la historia moderna. ¿Cuántos, cuáles son los hechos capitales de la civilización europea y cristiana en el centro europeo? Pues son: el imperio, que representó la unidad material en todo el mundo cristiano; el pontificado, que representó la unidad espiritual; la paz de Westfalia, que sustituyó al pacto de Carlo-Magno la tolerancia religiosa internacional entre católicos y protestantes; y la revolución, que rompió las cadenas de los siervos con los cetros de los reyes y proclamó el derecho de los hombres y la soberanía de los pueblos.

Pues bien; el imperio se debió á Carlo-Magno y á los carlovingios; el pontificado, en su exterior unidad, á la donación de Pipino y á los monjes de Cluny; la paz de Westfalia á dos hombres como Richelieu y Mazarino, quienes, cardenales de la Iglesia romana, combatieron la intolerancia religiosa, y ministros de Francia, se pusieron al servicio de los pueblos protestantes; y no hay que hablar de la revolución, obra del pueblo francés, que la proclamó

en el Sinai de la Constituyente y la difundió con las legiones de la Convención.

Y esto no se ha dicho aquí ahora por primera vez. Uno de nuestros más grandes oradores, por cierto un orador ultramontano, ha dicho que siempre que es preciso que una idea se difunda en la conciencia universal, Francia se hace hombre para difundir esa idea. Según él, Francia se hizo hombre en Carlo-Magno para propagar la idea católica; Francia se hizo hombre en Voltaire para propagar la idea filosófica; Francia se hizo hombre en Napoleón para propagar la idea revolucionaria. Y nosotros, los que lloramos la muerte de Polonia como la muerte de algo que nos toca en el hogar y que forma parte de la familia; nosotros que hemos tenido la suerte de ver realizada la resurrección de Grecia, de Rumania, de Servia y la unidad de Italia; nosotros sentimos hacia Francia las grandes inclinaciones que merece, porque no podrá quitarle la victoria su derecho á ser representante en el mundo moderno de la razón universal.

Señores diputados, no temais que yo dirija ni al señor ministro de Estado, mi amigo particular, que acompañó al rey en su viaje, ni al señor ministro de Estado que hoy dirige los negocios exteriores, ni á ningún ministro de Estado español, inculpaciones de oposición sistemática y preconcebida y deliberada contra Francia. Mi patriotismo, que está sobre todo; mi amor á España que es antes que todo, me imponen el deber de decir á Europa, la cual oye mi palabra, que aquí no hay Gobiernos anti-franceses, ni puede haberlos, cualquiera que sea la forma de esos Gobiernos. El que existiera una forma de gobierno en Francia y otra forma de gobierno en España; el que hubiera formas de gobierno distintas aquende y allende el Pirineo, ¿impidió que los Borbones fueran amigos de la república en su tiempo sin abdicación alguna?

Felipe IV y Luis de Haro se disputaban los favores de la República inglesa de Cromwell en Londres, y á nadie,

á nadie se le ha ocurrido imputar tal proceder á traición hacia las instituciones que representaban ó que serían.

Yo ataco al Gobierno, porque, no habiendo en vuestro corazón ni en vuestra conciencia prevenciones contra la República vecina, procedisteis como si las tuvierais. No se deben hacer cosas inútiles y aparatosas en la política interior y en la exterior; no se deben ejecutar actos cuyas desventajas sean mayores que las ventajas. Yo comprendo el viaje de Cavour á Pierrefonds para volverse con la corona de Italia en su maleta; yo comprendo aquel viaje del gran canciller Bismarck á Biarritz para detener el brazo capaz de impedir que la corona de Alemania brillara en la frente de los reyes de Prusia; pero no comprendo, no puedo comprender, que sin ningún objeto, sin ningún fin, y habiendo buena amistad con Francia y con Alemania, se emprendan cosas tales como el último viaje regio.

Señores diputados, yo creo que para nadie, absolutamente para nadie podía ser un misterio como las pasiones reaccionarias, de seguro más ciegas que todas las demás pasiones humanas, por lo mismo que tienen menos esperanza de satisfacerse; yo creo que para nadie era un misterio que las pasiones reaccionarias atisaban los odios sembrados entre las dos grandes potencias centrales, odios malditos, para convertir á la Alemania en núcleo formidable de oposición contra las instituciones francesas; para nadie, absolutamente para nadie, es un misterio que los poderosos enemigos de Francia y de la República en el mundo temen mucho ver un Estado fuerte, un territorio extenso y una población numerosa prestando culto y rigiéndose por las ideas democráticas, y buscaban por todos los medios posibles una coalición que diera por resultado grande liga monárquica, generadora de algo análogo á lo que produjo la coalición de 1793, en que los ejércitos realistas fueron vencidos por los ejércitos republicanos en Valmy al son de la *Marsellesa*, y en que el

infeliz Luis XVI fué descabezado por esos desquites propios de tan grandes combates.

Pues bien, señores, yo os aconsejaba á todos y aconsejaba al Gobierno anterior que no permitiera emprender ese viaje con ese cúmulo de preocupaciones diseminadas por la atmósfera en Europa y en la conciencia universal; que no se emprendiera ese viaje, saltando sobre Francia y sus recelos para caer en el Rhin, donde hay tantos recuerdos de sangrientas victorias, pisando por todas partes, en todas las estaciones, torpedos, cuya explosión ha evitado la misericordia del pródigo cielo más que la sensatez de nuestra descabellada política.

No se deben mirar las cuestiones internacionales solamente por el lado de la utilidad. En las cuestiones internacionales debe mirarse primero lo justo, después lo útil, luego lo oportuno. La oportunidad es el don primero de la política, así como la posibilidad es la primera condición de las ideas. Todo teorizante debe ver si su idea es posible y así todo teorizante político es en el fondo posibilista; todo Gobierno debe ver si sus soluciones son oportunas, y por eso todo verdadero Gobierno resulta en el fondo un Gobierno oportunista.

Pues bien, la oportunidad os faltaba, la oportunidad os faltaba en la política exterior, pero os faltaba mucho más en la política interior. Estalla la sublevación en Badajoz; vuelve la indisciplina con tanta fuerza ahogada por mi gobierno en la República; suben los recelos universales, bajan los fondos públicos, funcionan los consejos de guerra, huelgan las garantías constitucionales, resuenan los fusilamientos funestos; y en medio de esas grandes angustias, el jefe del poder ejecutivo y sus ministros se separan cuando debían formar un solo cuerpo y tener en ese cuerpo un sólo espíritu; la sanción real se suspende, ofreciendo pretexto á tantos republicanos como atisban los defectos de la monarquía para que proclamen su inutilidad; todos los grandes problemas políticos se sus-

penden, cuando la libertad herida, la ordenanza maltrecha, la disciplina rota, el ejército sublevado reclamaban pronto, enérgicos y eficaces remedios, para cortar de raíz tantos males, serenando aquella agitación triste y estéril, y como todas las situaciones tristes y estériles, dañosa para los intereses morales y para los intereses materiales de nuestra patria.

La nación española fué siempre enemiga de los viajes de los reyes, y tiene motivos para ello la nación española, porque el viaje de Carlos I después de la proclamación en Alemania nos costó la guerra de las Comunidades, y el viaje de Fernando VII á Bayona y Balencey nos costó la guerra de la Independencia. Así todas las Constituciones españolas, tenían un artículo, en el que se declaraba que el rey no podía viajar por tierras extrañas sin permiso de las Cortes; y está visto que hicieron muy mal los conservadores con borrar ese artículo de la Constitución, porque si hubiera venido aquí ese proyecto de viaje, si se hubiera consultado á la Cámara, de seguro que la Cámara no diera permiso para que el rey marchara triunfalmente á las maniobras de Alemania.

Señores, en esta tribuna he representado muchas veces la conciencia nacional, he dicho muchas veces los dictámenes de la opinión pública: pues yo os digo que en nada ha estado tan unánime la opinión del país, como en maldecir el desatentado viaje de nuestro rey á las maniobras de Alemania...

El Sr. **Presidente**: S. S. ha usado una frase que no me parece correcta; habrá querido decir S. S. del viaje del rey de España. (*Varios señores diputados*: Ha dicho de nuestro rey.) Puede continuar S. S.

El Sr. **Castelar**: Sr. Presidente, atribuyo la interrupción á las justas sospechas de S. S. siempre que yo hablo, porque ciertamente no brillo por mi devoción al rey ni por mi adhesión al principio monárquico, más para tranquilidad de S. S. digo que tratándose de una cuestión exterior,

no pronunciaré una palabra ni contra el jefe de Estado ni contra el Gobierno que en el exterior nos personifique. Critico el hecho ministerialmente.

Pero, señores, si el viaje era inoportuno por el estado de la política interior, era mucho más inoportuno por el estado de la política europea. Anhelos, angustias, agonias experimentaban las grandes inteligencias que, aquende y allende el Rhin, se consagran á evitar, con esfuerzo heroico del pensamiento, los conflictos de la guerra. Jamás se han visto los horizontes de Europa con una cerrazón tan oscura, interrumpida solo por relámpagos continuos de próxima tempestad.

El czar Alejandro acababa de ceñirse la diadema y la tiara de Ivan el Terrible, á la sombra del Kremlin, como un caballero andante, que vela sus armas y sus arreos para entrar en combates ciclópeos; los cosacos del Don venían á las fronteras occidentales del imperio moscovita y se repartían en cuerpos de ejército amenazadores por el triángulo de Varsovia, sobre la yerta Polonia, donde parecen que están llamados á degollarse, ó por lo menos á herirse, los hijos de aquellos que desmembraron y se dividieron una heroica nación viva y palpitante; los áulicos de ciertos poderosos, llamados en lengua vulgar reptiles, abrían sus fáuces, y lanzaban silbos de huracán por los aires, asombrados con siniestras sombras, imputando á la nación francesa, cosa tan nacional, tan clásica, tan española, por desventura nuestra, como los sucesos de Agosto; moría el representante último de los Borbones franceses, y en aquel paño mortuorio que solo ha servido para envolver cadáveres, veíanse, como ilusiones ópticas, los esbozos de una coalición monárquica; iban los grandes tácticos germanos á las líneas de los Vosgos y á las líneas de la Liguria, despertando sospechas sin fin en los ánimos sin reposo; y las cuestiones orientales se enconaban por las rivalidades entre los eslavos y los alemanes de Bohemia; por la insurrección en Agran, y en la frontera mili-

tar de Hungría y Croacia; por la rivalidad entre el príncipe de Montenegro y el de Servia; por la resistencia del soberano de Bulgaria á la tutela rusa y á sus generales; por la aparición de un estadista británico en los mares del Norte; por tantas y tantas concausas, en las cuales no debíamos nosotros tomar la más mínima parte; ni acercarnos siquiera, para que no nos cogiese una rueda de aquella complicación, porque nuestros mares celestes y nuestros altísimos montes, que me parecen sagrados por ser hispanos, me parecen más sagrados aún cuando pienso que á la vez que guardan nuestra independencia, nos preservan benditos de la conflagración universal.

Pues qué, ¿no sabía el señor ministro de Estado de aquella época que no conviene jamás á un diplomático, y á un diplomático ilustre como S. S. es (lo digo con toda sinceridad; ilustre por su apellido, por su representación y por sus servicios), no comprende el señor Ministro de Estado (porque todavía me parece que le veo sentado en el banco ministerial, y que le voy á volver á ver, porque se ha muerto para resucitar al tercer día) (*Risas*), no comprende que un diplomático no debía ir á maniobras militares? ¿Si S. S. entiende de eso poco más ó menos lo que yo? ¿Por qué no fué el señor ministro de la Guerra? Además, ¿no sabe el señor ministro de Estado (si lo sabe, lo supo) que se inauguraba el monumento de Niederwald, el cual era un recuerdo, no solo de la victoria de Alemania sobre Francia, sino de la victoria de Alemania sobre toda la gente latina?... S. S. apunta, ya sé lo que me va á contestar: «que tuvieron que irse de tal ceremonia:» pues no hay que ir adonde se sabe que se han de encontrar tales complicaciones que habría que volverse; y ¡ojalá se hubieran vuelto antes!... ¿No sabía S. S. que el furor germánico (y lo digo así porque nunca se curarán los alemanes de esa especie de creencia de que ellos son los dioses de la tierra, y nosotros los latinos á modo de Césares que pasamos la vida en la molicie y en continuo divertimento); no